

EL JARDIN DE LAS DELICIAS

POR JKL

Dime: ¿Quieres ser mi compañera de juegos?

¿Quieres que juguemos siempre?

Que caminemos juntos por el precipicio.

Que parezcamos importantes con
nuestro corazón infantil.

Que nos sentemos con seriedad a la mesa
y bebamos vino y agua con sabiduría.

Que disfrutemos de lo bello y de lo insignificante
Y que nos pongamos viejos ropajes.

¿Dime, quieres jugar a todo lo que hay en la vida...
en el crudo invierno o en el largo otoño?

¿Quieres beber el té y aspirar su amarillo aroma?
¿Quieres vivir de verdad con un corazón puro...

permanecer en largos silencios, a veces con miedo...
cuando Noviembre haga su aparición,
como un hombre pobre u enfermo
que fisgonea por nuestra ventana?

¿Quieres jugar a la serpiente, al águila,
a los largos viajes, al tren, a la nave...
a nacer, a soñar y a todas las cosas bellas?

¿Quieres jugar al amante feliz,
a fingir el llanto o el funeral?

¿Quieres vivir para siempre en un juego

que se convierta en algo verdadero?

¿Quieres que, echada en tierra junto a las
flores, juguemos a la muerte?

DESZÖ KOSZTOLANYI

No sé cómo llegue aquí. Lo último que recuerdo es que estaba montado en mi corcel. Cabalgando hacia el campo de batalla. Sé muy bien que me disponía a luchar contra un grupo de invasores pero, por extraño que parezca, no logro recordar a quien estaba dirigida toda mi furia. Mis enemigos. Mis odiados enemigos. ¿Quiénes eran? ¿Eran franceses? ¿Eran ingleses? ¿Acaso eran moros? ¿Otrora eran galos? Ahora que lo pienso, ni siquiera puedo recordar el nombre con el que fui bautizado. ¿Soy Josep? ¿Soy William? ¿Soy Martin? ¿De casualidad soy Christopher? Es inútil. Es completamente inútil tratar de recordarlo. Mi madre se avergonzaría de mí... Pero, ¿acaso tengo madre? Hasta donde yo sé, en este preciso momento, no hay nada ni nadie que me pueda asegurar que no soy un sucio bastardo.

Mi mente es un laberinto. Oscuro y gigantesco. Mi mente es un laberinto, oscuro y gigantesco, repleto de un sinfín de pasadizos vacíos. Todos ellos con rumbo hacia ningún lado. No sé quién soy. No sé en donde estoy. Ni siquiera sé cómo me llamo.

No sé cómo llegue aquí, pero el pasto que acaricia mis pies parece de todo menos pasto. Si mi vista no me falla, a mi alrededor se extiende un hermoso jardín. Repleto de flores exóticas y árboles que a primera vista parecen ser imaginarios. Para completar el paisaje, de fondo se puede escuchar el dulce canto de los pájaros y el bienaventurado ruido de aquellos animalillos silvestres, que nunca a nadie han hecho daño. *“En el inmenso jardín, todo es paz y tranquilidad”*, me digo a mí mismo. Creo que esto último lo he leído en algún lado; pero, como era de esperarse, no logro recordar de donde conozco esa pintoresca

frase. Demasiado vaga para ser una profecía pero demasiado profética para pasarla por alto.

En el inmenso jardín...

En el inmenso jardín...

En el inmenso jardín...

Todo es paz y tranquilidad. El cielo está despejado. Hace calor, mucho calor; pero, para mi sorpresa, no estoy sudando. A decir verdad, parece ser que he estado durmiendo. Hibernando cual oso; por mucho tiempo. Casi por mil año. *"Puede que todavía, este durmiendo"*, me digo a mí mismo. *Puede que tan solo este soñando*. No es una idea descabellada pero, para bien o para mal, descarto la suposición en menos de lo que canta un gallo. A fin de cuentas, ni el más lúcido de los sueños podría replicar una milésima parte de esta inenarrable sensación que, en este momento, todo mi ser mi está experimentando. Inútil. Completamente inútil sería tratar de describir esta extraña mezcla de éxtasis y asco, que se apodero de mi ser, desde el primer momento que mi cuerpo sintió la suave caricia de estos verdes pastos. Inútil. Completa e irremediablemente inútil sería tratar de describir aquello que sentí cuando, al mirar a mí alrededor, note que mi soledad se había esfumado.

Desnuda. La doncella sin nombre se contonea torpemente por entre los tallos de los árboles. A primera vista, pareciera que la joven estuviera huyendo de alguien. A segunda vista, en cambio, se desvanecen todas mis suposiciones iniciales. No. No la están persiguiendo. Basta con mirarla fijamente para darse cuenta de este crucial detalle. Sus pasos desprolijos, su actitud juguetona, sus risitas ocasionales; todo en ella parece indicar que está en medio de un juego. Una partida del escondite en un inmenso jardín a las afueras de ninguna parte.

Para bien o para mal, hay un *no sé qué* en su pantomima que me resulta n extremo fascinante. De izquierda a derecha. De derecha a

izquierda. De atrás para adelante. Sin rumbo alguno. La joven doncella se contonea entre los verdes matízales.

Resistirse es inútil.

or más que lo intente, mis ojos no pueden despegarse de la ninfa zigzagueante. Mirar. Lo único que puedo hacer es mirar. Mirar y mirar hasta que el mundo se acabe.

De un momento a otro; impredecible como de costumbre, la enigmática jovenzuela sale de entre el follaje. La chica ha cambiado de rumbo. Esto último es indudable. El porqué de este cambio, sin embargo, me resulta en extremo desconcertante. Para más inri. Casi como si de una broma de mal gusto se tratase. Al poco tiempo, me doy cuenta de que la joven se está acercando, cada vez más, a un enigmático ser de aspecto quasi inenarrable. Nada más y nada menos que un vil manojo de nervios. Sin nombre. Sin patria. Sin padre ni madre.

A pesar de que se muy bien que, a los ojos del mundo, no soy nadie, a ciencia cierta no sé si quiera tentar aún más lo poco que me queda de suerte. Abandonando la razón. Rechazando todo ápice de cordura, en pos de unirme a una juguete de proporciones tan obscenamente abstractas. En pos de formar parte de una interminable pantomima, cuyo acto final muy probablemente versaría del fin de la especie humana. Al menos, tal cual la conocemos.

No hay escapatoria.

Mi mente es un laberinto. Oscuro y gigantesco. Mi mente es un laberinto, oscuro y gigantesco, y a pesar de que sus pasos nunca se detienen, la joven en el paisaje no tarda mucho en darse cuenta de esto.

De un momento a otro. Sin ningún tipo de aviso previo. La enigmática jovenzuela abandona momentáneamente su aún más enigmático trayecto; en pos de dedicarme una pequeña sonrisita. Risueña cual

canción de cuna. Preciosa, cual poema de otro tiempo. Reaccionar. Reaccionar. Como de costumbre, es inútil hacerlo. Al cabo de un puñado de segundos, la joven continua su trayecto. Sus pies descalzos se frotan lascivamente contra las verdes celdas que nacen del suelo.

De oreja a oreja. Melancólica como el recuerdo de un romance pasajero. El solo hecho de pensar en su sonrisa, hace que comience a exasperarme. Su solo recuerdo, hace que me rompa por dentro.

En el inmenso jardín... ya no soy dueño de mis actos. Mucho menos de mis sentimientos.

No sé si reír, si llorar, si gritar, si tratar de huir o, por el contrario, dirigir mis pasos hacia la causante de todos mis sufrimientos. Lo único se es que, poco a poco, la incertidumbre me va carcomiendo. Pudriendo mi alma. Ruyendo mis huesos.

En el inmenso jardín...

En el inmenso jardín...

En el inmenso jardín...

Ya nada es eterno.

Parpadeo. Y en un abrir y cerrar de ojos la chica estada para frente a mí. Inmóvil. Casi como si de una escultura de carne se tratase. Yo tampoco me muevo. No la estoy imitando, simplemente no puedo hacerlo. No sé bien si estoy paralizado o no pero, a decir verdad, no tengo el mas mínimo interés en descubrirlo. Por los momentos, no quiero pensar en nada. Salvo, tal vez, en la misteriosa chiquilla que no para de mirarme. Lascivamente. Como una amante al objeto de su deseo.

Ahora que esta tan cerca mío me doy cuenta de pequeños detalles que no había notado antes. Sus ojos, por ejemplo, son en extremo singulares. Uno azul. Otro verde. Una combinación fascinante.

Bajo la mirada. Su cabello castaño parece interminable. Sigo bajando. Sus pechos firmes y redondos no son muy grandes. Al llegar a la madriguera del conejo, la muchacha hace un pequeño gesto, que inmediatamente me saca de mi trance.

Si mis ojos no me fallan, la joven me está invitando a acercármeme.

Por segunda vez en menos de 10 minutos, no sé si reír, no sé si llorar, no sé si gritar, si tratar de huir o, por el contrario, asumir mi papel en su retorcido juego.

Un juego. Un puto juego. A fin de cuentas, ¿acaso no era eso de lo que se trataba esto?

No puedo. Sencillamente no puedo.

Mi mente es un laberinto. Oscuro y gigantesco. Mi mente es un laberinto, oscuro y gigantesco, repleto de un sinfín de pasadizos. Todos ellos con rumbo a un rostro casi perfecto.

Desnuda.

De pies a cabeza.

Mientras todo mi ser se va pudriendo por dentro.

Me mira.

El ángel me mira.

Me mira.

Me mira. Fugazmente. Pero una miradita es suficiente para hacer que todas mis inquietudes desaparezcan por completo. *La razón. La razón me ha abandonado desde hace mucho tiempo.* No. No puedo dejar que se escape. La necesito. Y ella también parece necesitarme. A fin de cuentas, por más que ella lo intente, nadie puede pasar toda la vida jugando a las escondidas con el viento.

Por más que lo intente. Ya no aguento más. *Como si nada.*
Simplemente, no me la puedo quedar viendo.

Me necesita. Aunque sea solo como un peón más en su tablero, ella me necesita. Y yo no soy quien para oponerme a sus necesidades y anhelos.

Completamente perdido.

Medio dormido. Medido despertado.

Tomo su mano.

Hacia el horizonte.

Juguetonamente, ambos corremos.

...

Cuando los soldados encontraron su cadáver; en las trincheras, había más de un carroñero.

FIN